

Johannes BOBROWSKI, *Mäusefest*

Traductoras: Laura Cantora, Ruth García-Ciaño, Agnieszka Kacprzak y Anna Warszychi
Coordinación: Ana Rodríguez Domínguez
Universidad de Valladolid

Debido al interés mostrado por algunos alumnos sobre la traducción de textos literarios, al que yo también me sumo, durante el presente curso 2001/02 nos animamos a trabajar de manera extraordinaria con este tipo de textos. Aquí presentamos un ejemplo resultado de numerosas tardes de discusión.

El texto elegido pertenece al género cuentístico. A pesar de que el término cuento nos remite inevitablemente a las formas literarias dedicadas al público infantil y de que su mención connota, asimismo, engaño o mentira, sus referencias nos llevan a otras muchas significaciones.

Los cuentos son manifestaciones literarias adaptables a cualquier temática, época y registro que se soportan sobre unas características firmes; entre ellas destacan la brevedad, la precisión y la concisión. En este caso, a toda esta intensidad narrativa se le añade la dificultad que ofrece el siempre presente juego de palabras entre *Moise* y *Mäuse* (la primera alude al nombre del protagonista- Moisés- y la segunda es el sustantivo empleado para hacer el plural del sustantivo “ratón”, en alemán *Maus*). Aunque en realidad no se trata de un relato que presente dificultades léxicas ni gramaticales, más bien los problemas que plantea son los propios de un texto narrativo, aparentemente sencillo, que roza la lírica.

Contemporáneo a Noll y Fühmann, Johannes Bobrowski, plasma en este relato su profunda preocupación por el pueblo alemán y el este de Europa durante el dominio nazi. La prosa de *Mäusefest* o, como han traducido las alumnas *Un gran festín*, refleja hábilmente la temática señalada mediante importantes cambios de perspectiva en la narración e incluso incursiones del propio escritor en la misma.

UN GRAN FESTÍN

En un rincón de su tienda Moise Trumpeter está sentado en un taburete. La tienda es pequeña y está vacía. Será porque el sol que siempre entra, necesita espacio. También la luna. La luna también entra siempre que pasa por aquí. Siempre. La luna acaba de entrar por la puerta, la campanilla sonó suavemente sólo una vez, pero quizás no porque la luna la haya tocado, sino porque los ratones corretean y bailan de un lado para otro sobre el suelo de madera. La luna ya ha llegado — Buenas noches, Luna- le ha dicho Moise. Juntos se han puesto a contemplar a los ratones. Cada día los ratones hacen algo diferente, unas veces bailan así y otras así, pero siempre con sus cuatro patas, su cabeza puntiaguda y su fina cola.

— Pero querida Luna -contesta Moise- lo que ves no es todo. Su pequeño cuerpo esconde también algo más. Todos los días son diferentes, aunque sean exactamente iguales y esto, creo yo, es lo más sorprendente. Pero tú, quizás, no puedas entenderlo. Tú eres distinta a cada instante, y siempre será así, aunque sigas entrando por la misma puerta y todo permanezca oscuro hasta que llegas. Pero ahora detente y presta atención.

Lo ves, siempre es lo mismo.

Moise ha dejado caer una corteza de pan delante de sus pies. Los ratones se acercan, pasito a pasito pero con rapidez. Algunos incluso levantan el hocico y olisquean un poco al aire.

Lo ves, así es. Siempre lo mismo.

Y allí están los dos viejos amigos, tan ensimismados que ni siquiera se dan cuenta de que la puerta se ha abierto. Sólo los ratones lo han oído, e inmediatamente se van, desaparecen tan rápido que nadie podría decir dónde se han escondido.

En el umbral de la puerta hay un soldado, un alemán. Moise tiene buena vista; ve a un joven, casi un niño, que realmente no sabe nada, no sabe qué hace aquí, ni siquiera ahora que ya está en la puerta. Vamos a ver cómo viven estos judíos, habrá pensado mientras estaba fuera. El viejo judío sigue sentado en la silla y la luna ilumina su tienda.

— Si quisiera entrar, teniente- dice Moise.

El joven cierra la puerta. No se sorprende de que el judío sepa alemán, se queda de pie, quieto, mientras Moise se levanta exclamando. —Acérquese, no tengo otro taburete.

— Gracias, puedo quedarme de pie- responde el soldado. Sin embargo da un par de pasos hacia el centro de la tienda y otros tres más hacia el taburete. Moise le invita de nuevo a sentarse y esta vez acepta.

— Ahora quédese quieto, dice Moise apoyándose en la pared. El trozo de pan aún sigue en el suelo y, ves, ahí vienen otra vez los ratones. Como antes, ni siquiera un poquito más despacio, exactamente como antes, un pasito, otro pasito más, levantan el hocico y olisquean, con una respiración tan suave que solo Moise la siente, quizás también la luna. Exactamente igual que antes.

Han vuelto a encontrar la corteza. Un gran festín en la pequeña tienda de Moise. Nada de extraordinario, aunque tampoco algo que suceda todos los días.

Sentado observo. La guerra ya dura varios días. El país se llama Polonia. Es totalmente llano y arenoso. Las calles están en ruinas y hay muchos niños. ¿Qué más se puede decir? Han llegado los alemanes. Innumerables. Uno de ellos está sentado aquí en la tienda del judío. Es solo un chiquillo, un chiquillo al que ni siquiera le ha cambiado la voz. En Alemania tiene una madre, también un padre y dos hermanas pequeñas.

Tiene una madre en Alemania, y un padre todavía en Alemania y dos hermanas pequeñas. Recorremos el mundo, le habrá dado por pensar. Hoy Polonia, mañana quizás Inglaterra y esta Polonia es totalmente polaca.

El viejo judío está apoyado en la pared. Los ratones continúan alrededor del trozo de pan. Cuando sea más pequeño una mamá ratona se lo llevará a la guarida y los demás ratones correrán tras ella.

— Me tengo que marchar, le dice la luna.

La luna se siente incómoda con la presencia del alemán. Moise lo sabe. Pero, ¿qué quiere que haga? Entonces le suplica.

— Quédate un ratito más.

Ahora el soldado se levanta. Los ratones huyen y nadie puede decir por dónde han desaparecido tan deprisa. Se queda quieto un momento pensando si debería despedirse, pero luego se va.

Moise no dice nada y espera que la luna comience a hablar. Los ratones han desaparecido. Ellos pueden hacerlo.

— Ese era un alemán -comienza- y ya sabes qué es lo que ocurre con esos alemanes.

Como Moise sigue igual que antes, apoyado en la pared, sin decir nada, la luna insiste:

— No quieres escapar, tampoco quieres esconderte, ¡vamos Moise! era un alemán, lo has visto bien. Ahora no me digas que sólo era un chiquillo o que no es malo. Ya no hay diferencia. Ahora ya no. Si invaden Polonia, ¿qué pasará con tu gente?

— Ya te he oído- dice Moise.

Mientras Moise habla desde la pared del fondo, la luz ilumina toda la habitación. Ahora la tienda está completamente blanca. Y tan blanco se vuelve el judío, a cada palabra, que podrían llegar a confundirse.

— Sé que tienes razón -dice Moise-. – Mi Dios se va a enfadar conmigo.